

## Una visión diacrónica del poblamiento<sup>1</sup>

(...) *oppida orae proxima Urci, adscriptumque Baeticae Barea, regio Bastitania* (...)

Plinio (HN 3.19)<sup>2</sup>

Un trabajo histórico del entorno del yacimiento de Torregarcía debe ser diacrónico, lo que nos pone de relieve las diferencias o cambios entre una formación social y el movimiento histórico que la anula y la transforma. Así se ha planteado en los diversos proyectos en los que hemos participado. En este sentido, lo que debemos observar son los diferentes patrones de asentamiento, que están en relación con el aprovechamiento de los recursos, y que obedecen a modelos sociales distintos. Estos son más significativos cuando jugamos con los tiempos de larga o media duración. Por lo tanto, los grandes bloques en los que hemos dividido este capítulo nos permitirán observar diferencias o semejanzas con significado histórico para las poblaciones que lo habitaron y que marcaron el devenir histórico del paraje que nos ocupa.

### 3.1. Poblamiento durante la Prehistoria

Torregarcía y su entorno más próximo de la llanura litoral no cuenta con información sobre poblamiento prehistórico. Consideramos que se trata ante todo de un vacío de investigación ya que las actividades arqueológicas se han realizado especialmente en las áreas de la falda sur de Sierra Alhamilla y su piedemonte, en el curso medio de la rambla Morales y las áreas de la Sierra de Gata y La Serreta. Existen unos condicionantes en el medio, como el hecho de estar concentrados los recursos de diferentes tipos (geológico-mineros y marinos) en el extremo sureste o que las mejores tierras de cultivo estén junto al curso de la rambla Morales. Por otra parte, hemos de tener en cuenta las dificultades de detectar yacimientos debido a factores posdeposicionales naturales (dunas), también a la vegetación de la zona (muy cerrada y pinchosa) y a factores erosivos humanos (extracción de arenas para cultivos bajo plástico o implantaciones de invernaderos en grandes extensiones fuera del Parque o incluso los permitidos de pequeñas dimensiones por ser de economía familiar). A todo ello se suma el tipo de evidencias características en el caso de ocupaciones de corta temporalidad, sin construcción de estructuras sólidas permanentes.

El poblamiento prehistórico conocido se encuentra al norte y al este (Fig. 3.1) El yacimiento documentado más cercano a Torregarcía está a 8 km al noreste. Se trata del

asentamiento y necrópolis de El Tarahal-El Barranquete (Níjar), al que ya se ha hecho alusión en el capítulo anterior. En líneas generales el poblamiento prehistórico constatado consiste en lugares de habitación, necrópolis y parajes de obtención de recursos. Hasta el momento, el estudio de síntesis más completo ha sido publicado por Haro Navarro (2004) sobre la ocupación durante la Prehistoria Reciente del Campo de Níjar, la Serreta y Sierra de Gata, en especial sobre esta última, dado el objetivo de hallar las fuentes de materia prima de origen volcánico.

Las actividades arqueológicas más antiguas consisten en las excavaciones de cuatro yacimientos (tres necrópolis y un asentamiento) realizadas dos de ellas a finales del siglo XIX y principios del XX por Pedro Flores, capataz de Luis Siret: necrópolis de Las Peñicas y el Tejar (Níjar), a unos 20 km en dirección nor-noreste, y ya en los años setenta del siglo pasado, las excavaciones de M.<sup>a</sup> José Almagro del asentamiento y necrópolis de El Tarahal y El Barranquete (Níjar), las más cercanas al yacimiento de Torregarcía y que además cuentan con material de época romana.

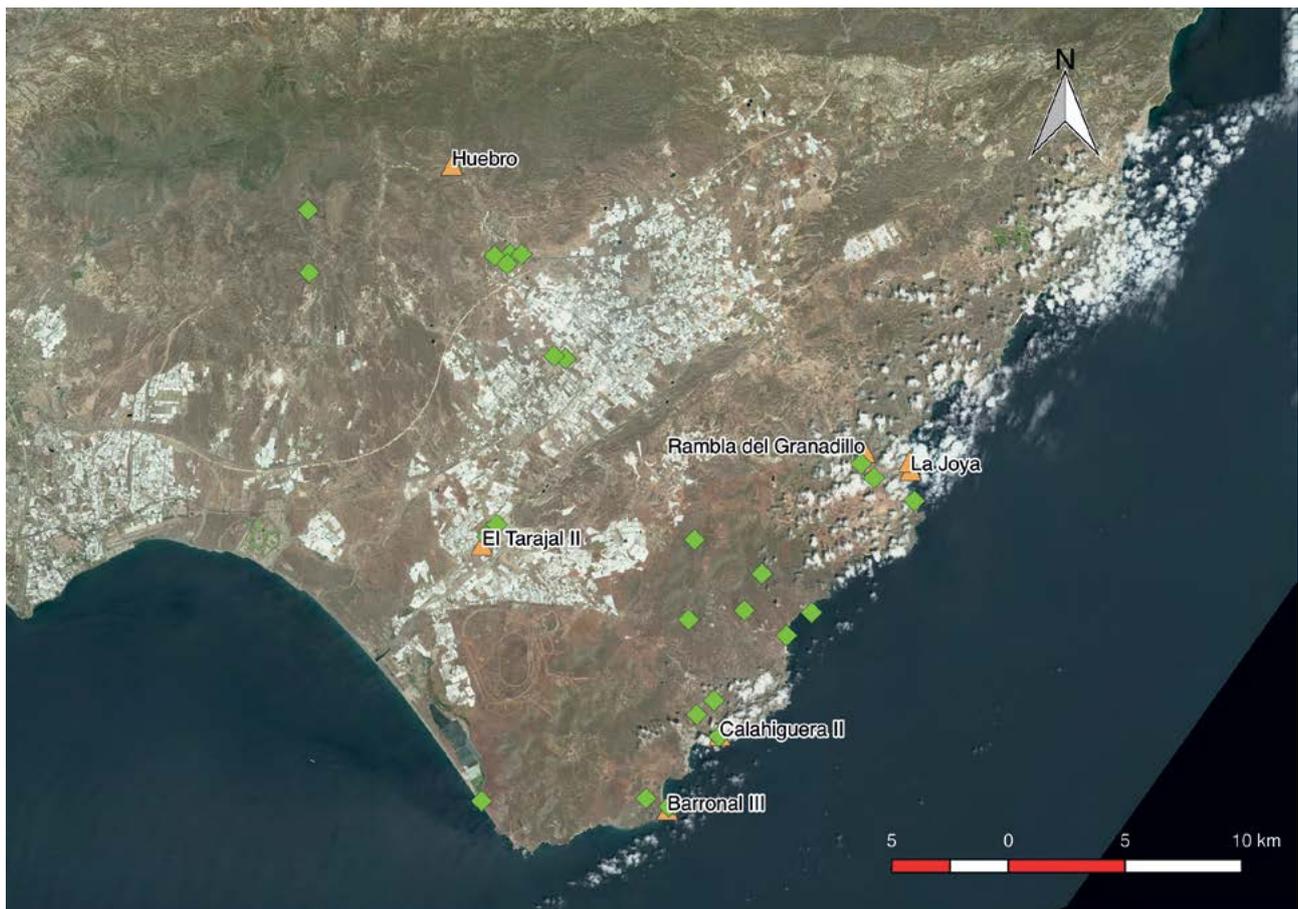
Estos yacimientos están muy deteriorados por la erosión, el tractoreo (la mayoría están en terrenos agrícolas) y el expolio. En el caso de Las Peñicas y El Tejar la información consiste en las anotaciones y dibujos muy esquemáticos de los diarios de excavación de Pedro Flores. Posteriormente los materiales recogidos fueron revisados por Georg Leisner y Vera Leisner en su *Corpus* de enterramientos megalíticos (Leisner y Leisner 1943, Lám. 31). Las Peñicas (Níjar), según la revisión de la Carta Arqueológica de Níjar de 1998, aún conservaba cuatro *tholoi* en buen estado.

La necrópolis de El Tejar (Níjar), o Rambla de las Tejeras, consta de 11 enterramientos megalíticos de diversa tipología, cámaras circulares a pentagonales sin corredor, mostrando una dualidad *tholos*-dolmen como ocurre en Los Millares (Calvín 2014, 41). Están ubicados en la caída de la rambla, en los espolones finales de las lenguas que bajan de la Sierra de las Molatas. La cronología que les correspondería sería un impreciso III milenio a. C. La necrópolis de Las Peñicas cuenta con sepulturas de mayor tamaño y riqueza material que las de El Tejar (*id.*), como sería el caso de la tumba n.º 4, de techo plano<sup>3</sup>. Calvín

<sup>1</sup> Este capítulo ha sido coordinado por María de la Paz Román Díaz, María Juana López Medina y Manuela García Pardo.

<sup>2</sup> “(...) Las poblaciones vecinas a la costa son *Urci*, y *Baria* –que pertenece a la Bética-; la región de la Bastetania (...)” (Plin., HN 3.19).

<sup>3</sup> En ella se han documentado 100 inhumaciones con restos de hachas pulimentadas, puñales con lengüeta de sílex, puntas de flecha de tipología variada (romboidales, de base cóncava, de hueso etc.), ídolos falange y punzones de hueso, numerosas cerámicas y conchas; mientras que en Las Peñicas 1, sólo se han documentado 80 individuos y un ajuar escaso con restos de un puñal de sílex, una aguja de hueso y algo de cerámica fragmentada, pero cuenta con restos de un alfiler y un hacha de cobre (Calvín 2014, 41).



**Figura 3.1. Mapa de localización de yacimientos prehistóricos en el sector oriental de la Bahía de Almería a partir de Haro 2004, 58 y 60. Símbolos verdes: yacimientos de la Edad del Cobre, símbolos amarillos: yacimientos de la Edad del Bronce. Base cartográfica a partir del Plano del Plan Nacional de Ortofotografía Aérea; versión 2019 (<https://pnoa.ign.es>).**

(2014) considera que, posiblemente Las Peñicas fue el lugar de enterramiento de las élites principales de Cerricos II, por su tamaño y ajuar, en proporción al nivel jerárquico del poblado asociado, como sería el caso de otras de techo plano presentes en necrópolis de relevancia, como las doce que hay en Los Millares (Santa Fe de Mondújar) y las cuatro de Los Rubialillos (Tabernas); se podría vincular con linajes o personalidades relativamente más importantes, incluso que las enterradas en tumbas tipo *tholos*.

Por otra parte, El Tejar sería una necrópolis compartida por varios asentamientos, como Cerricos I, en la que se enterraron aquellas personalidades más o menos relevantes del entorno junto al resto de la población perteneciente a los asentamientos dependientes o estacionales (Calvín 2014, 42). Esta investigadora añade que la escasez de este tipo de sepulturas de techo plano se puede vincular a aspectos de tipo cronológico ya que parecen ser utilizadas sólo en momentos precampaniformes “pudiendo constituirse como símbolo de un linaje familiar o una tradición funeraria recogida por un segmento de la élite gobernante” (*ibid.*, 42-43).

Por su proximidad al asentamiento de Cerricos II son relacionadas con este, en especial la necrópolis de Las Peñicas, en tanto que El Tejar, a 200 m, lo estaría con Cerricos I (Haro 2004; Calvin 2014). Según Haro, el

asentamiento de Los Cerricos II se localiza sobre un espolón cortado por dos ramblas, y está rodeado por pequeños fortines que controlan visualmente todo el entorno del Campo de Níjar. Seguiría por tanto el modelo del principal asentamiento de los Millares.

La necrópolis de El Barranquete (Níjar) se ubica sobre una amplia meseta en la margen derecha de la rambla Morales que la corta casi verticalmente. Se localiza a 7 km de la costa. Desconocida por Luis Siret y otros arqueólogos de los años sesenta, la necrópolis de El Barranquete (Níjar) y el poblado de El Tarahal fueron dados a conocer al director del Museo Arqueológico de Almería en 1968. Entre 1968 y 1971, M.<sup>a</sup> José Almagro hizo el estudio de varias tumbas megalíticas y excavó 11 de ellas (Almagro Gorbea 1973). La necrópolis de El Barranquete (Níjar) se localiza sobre una amplia meseta en la margen derecha de la rambla Morales que la corta casi verticalmente. Se localiza a 7 km de la costa. Está compuesta por al menos 17 sepulturas megalíticas de tipo *tholos* con pequeños nichos laterales en algunas de ellas y un corredor de acceso, con clara alineación este-sureste, dividido en dos o tres tramos por lajas de piedra de arenisca con un orificio central. Las sepulturas tienen un vestíbulo trapezoidal en la entrada, y están cubiertas por un túmulo de entre 10 y 15 m de diámetro (Almagro Gorbea 1973).

A mediados de los años setenta también M.<sup>a</sup> José Almagro excavó en el poblado de El Tarahal, al que atribuyó esta necrópolis realizando varios sondeos arqueológicos y dándolo por destruido ya en el momento de su prospección. En el poblado no pudo apreciar estructuras en superficie, siendo los indicadores del área de habitación su configuración topográfica ideal (por estar entre dos barranqueras y la rambla Morales) y la presencia de numerosos fragmentos de cerámica, trozos de piedras de moler y varios silos llenos de cerámica. El área del poblado apenas tenía potencia, ya que enseguida afloraba la roca y tenía un eje de extensión máxima de 150 m. Esta investigadora consideró que debió pertenecer a una pequeña población y sin una larga pervivencia. Por otra parte indicó la existencia de más poblados y enterramientos semejantes al otro lado de la rambla según la prospección que hicieron en 1969 (Almagro Gorbea, 1973, 16-20).

Una de las principales características de la necrópolis es su enorme perduración temporal, produciéndose los primeros enterramientos a finales del IV milenio y manteniéndose hasta los últimos siglos del II milenio (Cámara y Molina 2015, 603 y 606). Su reutilización durante la Edad del Bronce fue tan intensa como durante el tiempo anterior (Díaz-Zorita *et al.* 2016, 92), hecho que no suele suceder en el Sureste peninsular por el cambio de patrón de asentamiento, salvo ya en el Bronce Final o incluso en épocas históricas (sin descartar intrusiones o saqueos) (Lorrio y Montero 2004; Cámara y Molina 2015; Lorrio 2008; *id.* 2010, 165).

Según Lorrio, el carácter funerario de las reutilizaciones durante el Bronce Final está demostrado por los ajuares y las dataciones radiocarbónicas de los restos humanos. Se trata de un fenómeno extendido que cabe relacionar con su destacada presencia en el paisaje, valorando su visibilidad y durabilidad, al tiempo que se trata de enterramientos colectivos en el sentido de que debió ser importante su dimensión simbólica como espacio donde albergar los enterramientos de la comunidad. Estas prácticas sugieren “razones de prestigio...incluso una forma de...legitimar su posición social” (Lorrio 2010, 165).

En relación a estas reutilizaciones, las 13 mediciones de radiocarbono realizadas sobre huesos humanos de la tumba 11 han permitido inferir la construcción tardía del monumento, probablemente en 2452 y 2316 cal BC, y el breve, pero intenso, uso ritual durante el período Calcolítico de entre tres y nueve generaciones. Su reutilización, según los modelos bayesianos, comenzó entre 2154 y 2022 cal BC, abarcando un largo período de, al menos, medio milenio (Aranda y Lozano 2014). Las recientes revisiones de sus restos humanos y de fauna (tumbas 8, 9 y 10) están proporcionando interesantes resultados sobre las poblaciones de la Edad del Cobre y del Bronce, siendo esta necrópolis un claro ejemplo de permanencia y perduración de tradiciones frente a la clásica separación entre ambos períodos y la insistencia en los cambios y las innovaciones (Díaz-Zorita *et al.* 2016, 92).

Por otra parte tales revisiones de restos han proporcionado los únicos datos descriptivos de la población de la zona entre el III y II milenio a. C. El Número Mínimo de Individuos (NMI) analizado por Díaz-Zorita es de 38 y se une al realizado por Botella, a principios de los años setenta, sobre 140 individuos. La información paleodemográfica indica que el mayor índice de mortalidad se produce en edad adulta (77,8 %) siendo bajo el porcentaje de mortalidad infantil (15 %), datos muy parecidos a los documentados en la necrópolis de Los Millares (64 % en adultos y 19 % en infantiles) (Peña Romo 2011). Los estudios paleodemográficos para la Edad del Cobre del Sureste peninsular sitúan la mortalidad adulta en el 45 %, y para el Bronce argárico en el 68 %. La alta mortalidad en las edades adultas parece la norma general en todas las poblaciones estudiadas siendo bajos los porcentajes, o dándose incluso ausencia, de individuos que superen los 60 años (Díaz-Zorita *et al.* 2016, 86). Por otra parte, destaca la ausencia de traumatismos, algo frecuente en poblaciones prehistóricas (*ibid.*, 87). También cabe destacar el hecho de que comparten muchos rasgos los restos óseos de las poblaciones calcolíticas y las del Bronce, por lo que el estudio realizado apuesta por una clara proximidad genética en el Sureste peninsular y apoya una continuidad poblacional (*ibid.*, 88). Tal constatación entronca con el modelo descrito por Haro (2004) que veremos un poco más adelante.

En lo que a edades se refiere, cabría destacar que no hay exclusión en el ritual por sexo o edad, salvo escasez de individuos mayores de 60 años y bajo porcentaje de individuos infantiles, si bien este también puede ser por motivos posdeposicionales o culturales de acceso al ritual. Las características de la población tiene sus paralelos más estrechos con las de Los Millares, algo razonable al ser similares tanto en el ritual, tipo de sepultura y quizás temporalidad. Las patologías degenerativas son las más habituales (osteoartritis) y las más comunes son las máxilo-dentales de cálculo dental, aunque las caries están casi ausentes, aumentando en las poblaciones argáricas, quizás por una dieta más rica en carbohidratos. Hay un alto porcentaje de marcadores de estrés musculoesquelético, especialmente en la sepultura 8 por lo que al concentrarse en esta, se ha propuesto la existencia de desigualdades entre las poblaciones enterradas, si bien, ante la reutilización continua, no se puede hacer una lectura social cierta de estas diferencias (Díaz-Zorita *et al.* 2016, 93).

En cuanto a los restos de fauna recuperados de El Barranquete estudiados por Driesch (1973), la diversidad de especies animales documentadas formaban parte de las prácticas rituales asociadas a estas tumbas, por lo tanto estamos ante una selección de especies animales. Bóvidos y ovicaprinos son las especies que se documentan de forma mayoritaria (53 y 35 % respectivamente), y también hay restos de équido, cerdo y perro. Entre la fauna salvaje hay que contar con: ciervo, cabra pirenaica, lince y conejo, aves como *Anas crecca*, *Columba livia*, *Columba palumbus*, *Alectoris rufa*, *Corvus corax*, así como restos del galápagos subacuático *Mauremys leprosa*. Cabe

destacar el papel jugado por la malacofauna marina pero lo comentaremos más adelante.

Señala el equipo de Díaz-Zorita que es común en el caso del Bronce argárico la presencia de restos faunísticos entre los ajuares funerarios, normalmente asociados los bóvidos a individuos de más de 12 años y a las tumbas de las élites sociales, frente a las ofrendas de ovejas o cabras que se asocian a niveles sociales inferiores. Asimismo, la presencia de bóvidos, ovicaprinos y malacofauna en las sepulturas de El Barranquete, las asocia a posibles prácticas de comensalidad que incluso total o parcialmente pudieron ser coetáneas con las desarrolladas en los poblados argáricos (Díaz-Zorita *et al.* 2016, 92).

Las siguientes actividades arqueológicas de campo no tuvieron lugar hasta 1985, con la primera fase de prospección arqueológica a cargo de José Ramón Ramos Díaz en el Campo de Níjar, desde Sierra Alhamilla hasta la rambla Morales y La Serrata, abarcando los períodos de la Prehistoria a la época romana (Ramos Díaz 1987a; 1987b; 1990). Indicó que los márgenes de dicha rambla, con depósitos aluviales cuaternarios de limos y arcillas, debieron servir de base a la agricultura de la zona, localizándose en sus orillas la tercera parte de los yacimientos identificados. También apuntaba que la Laguna Rasa de la desembocadura de la citada rambla, según los geógrafos y las fuentes escritas hispanomusulmanas, pudo ser en la Antigüedad un golfo marino más pronunciado, cuyas aguas lamerían algunos de los yacimientos encontrados más bajos, como el Cortijo de Fuenteamarguilla o incluso el Cerro de las Palomas. Asimismo localizó a ambos lados de La Serreta, de escasos 400 m s.n.m. (altura que ofrecía control sobre ambas llanuras) algunas pequeñas fuentes de agua y afloramientos de algunas mineralizaciones (Ramos Díaz 1987a). Cabe destacar de los breves informes publicados, el interesante apunte de la existencia de un yacimiento del Paleolítico medio (Ramos Díaz 1990, 81) localizado en la falda sur de Sierra Alhamilla en las zonas altas entre 900 y 1300 m s.n.m.

Por último, a principios de los años noventa, se pone en marcha el proyecto llevado a cabo especialmente en la Sierra de Gata: *Los recursos abióticos y los sistemas de aprovisionamiento de rocas y minerales por las comunidades primitivas del Sureste de la Península Ibérica durante la Prehistoria Reciente*, dirigido por Francisco Carrión, localizando poblados prehistóricos del III y II milenio a. C. y detectando georrecursos y biorrecursos potenciales empleados por estas poblaciones. Abarcaron una gran extensión en dirección NE-SE, desde Sierra Alhamilla hasta la Sierra de Gata, centrándose en esa última. El proyecto venía marcado por el hallazgo de numerosas herramientas de piedra manufacturadas en andesita, dacita y jaspe en las excavaciones arqueológicas de Los Millares (Santa Fe de Mondújar) y Terrera Ventura (Tabernas), ambos a 38 km de la Sierra de Gata, y en El Barranquete-Tarahal (Níjar), a 13 km, hallándose en mayor proporción en Los Millares. El área volcánica más

cercana era la Sierra de Gata, un medio aún desconocido por la investigación arqueológica. El objetivo era estudiar y registrar todos aquellos fenómenos relacionados con la minería prehistórica de rocas y minerales (de cobre) empleados en las diversas cadenas tecnológicas de manufactura y transformación de la piedra, así como de los sistemas de control de los georrecursos específicos y de las redes de intercambio de productos manufacturados (Carrión Méndez *et al.* 1995, 11). Entre los litotipos destacan las tobas y los productos de las emisiones aéreas, aglomeradas y conglomerados, rocas de cuerpos masivos de andesitas y dacitas, así como de sílices volcánicas con diferentes variedades texturales de jaspe.

En las prospecciones realizadas en 1992, detectaron 27 yacimientos en total, consistiendo en asentamientos de la Edad del Cobre, del Bronce, romanos y medievales y coincidiendo en varias ocasiones la ocupación calcolítica con la romana (Cala Higuera, Cortijo Pascual, Hoya del Paraíso, Presillas Bajas, Presillas Altas, Las Hortichuelas, Fuente Amarguilla), siendo los demás de un solo período. Se localizaron canteras prehistóricas como la de jaspe de Cerro de Majada Redonda, estructuras funerarias del Cobre (Cortijo del Gitano, Cortijo Pascual de Los Escullos), asentamientos del Bronce (La Joya) y finalmente, de época musulmana, los asentamientos de Cerro de San Miguel, el área de extracción de manganeso de La Cruceta y del Valle del Sabinar, y la estructura de control costero de la Ensenada de la Media Luna.

La ocupación se dividió bien en espacios geográficos o unidades con diferentes recursos potenciales (agricultura y ganadería, pesca, marisqueo, sal, caza, rocas volcánicas, cuarcitas, micasquitos y afloramientos metálicos de cobre, plomo, plata y oro) o bien se localizó en situaciones estratégicas desde las que se controlaban pasos entre el interior y la costa o que tenían un control directo de la misma.

A partir de tales hallazgos, se determina la existencia de dos modelos de ocupación del territorio a partir de la Prehistoria Reciente. Durante la Edad del Cobre, el poblamiento se asentó sobre terrenos en llano, muy cercanos a la línea de costa, en relación a los depósitos cuaternarios del ámbito volcánico local, y mantuvo una explotación generalizada y diversificada de algunos georrecursos líticos específicos (rocas masivas andesíticas y dacíticas, sílices volcánicas, etc.). Al mismo tiempo, se observa una intensificación en la recolección de biorrecursos marinos de carácter subsistencial alimentario (en todos estos asentamientos se han localizado numerosos restos de caracoles y moluscos marinos). De esta misma fase cultural, se localizaron algunos poblados de altura que mantenían una explotación de recursos agroalimentarios articulando, por primera vez, una cierta especialización en la explotación de yacimientos minerales metálicos del tipo malaquita y azurita. Los asentamientos de la Edad del Bronce localizados en las prospecciones indicaban que el poblamiento mantuvo un patrón de altura sobre elevaciones amesetadas en medios volcánicos neógenos y que desarrollaron una explotación

especializada en la extracción de minerales metálicos (oro, plata y malaquita). Estos asentamientos amesetados se situaron inmediatamente en la misma línea de costa.

Para Haro (2004), el área con poblamiento más antiguo estaría en torno a la rambla Morales, al tener en cuenta las fechas de C14 de la necrópolis de El Barranquete y el poblado de El Tarajal (2944 y 2895 cal BC respectivamente) siendo, por otra parte, más tardía esta ocupación que la comarca de Tabernas y el valle del Andarax al noroeste. Según este investigador, la ocupación de la llanura aluvial y de las sierras litorales del Cabo de Gata se ocuparon en un segundo momento, en el de máxima expansión del poblado de Los Millares y de la construcción de alguno de sus fortines, siendo tierras “marginales” (no buenas para la agricultura-ganadería), pero donde se localizaban importantes recursos que demandaban cada vez más los “centros nucleares”: los “abióticos”.

El modelo territorial de Los Millares en el valle del Andarax se exportaba a este segundo gran territorio durante el III milenio a. C.: un modelo de control y distribución de los recursos a través de complejos mecanismos sociales y políticos, es decir, jerarquización entre asentamientos al menos a dos niveles diferentes en cada una de las áreas (con asentamientos principales como Tarahal o Cerricos II de los que dependían a su vez otros más pequeños) (Haro 2004, 61). Durante la Edad del Bronce se reducen los yacimientos a la tercera parte (unos 8). Según Haro, en la primera mitad del II milenio a. C., se rompe el modelo territorial precedente: sólo sigue ocupado en el Bronce Inicial El Tarajal (2294 cal BC) produciéndose un importante vacío de población y quedando ocupadas sólo las zonas de difícil acceso, a mayor altura relativa, en las que prima el carácter defensivo y la cercanía a los recursos mineros (*ibid.*, 59).

Se deduce la aplicación de un modelo Centro-Periferia a la vez que otro a modo de “ola de avance” en un proceso de colonización, donde el centro es el poblado y la necrópolis de Los Millares, y la periferia todo el radio que abarcaba hasta la Sierra de Gata, con una colonización procedente del valle del Andarax y el Pasillo de Tabernas. La explicación socio-económica es la de un modelo territorial “impuesto desde el centro”: determinados grupos sociales acumularon excedentes de producción (observable en los “objetos de prestigio” de los ajuares de la necrópolis de Los Millares), lo cual originó nuevas estrategias en el control y ocupación de territorios donde se localizan estos recursos. Estos *grupos sociales dominantes* ejercieron un papel fundamental en las “periferias”, estableciendo *vínculos de dependencia* —familiares, económicos o ideológicos— que les permitiesen ejercer el control de las producciones y del intercambio desde los centros de poder. La obtención de recursos para una economía complementaria la ofrecía la diversidad geológica y el medio ambiental de Cabo de Gata: minerales como la azurita, la malaquita o la plata, cantería de rocas volcánicas para la fabricación de molinos, el desarrollo de la industria tallada (beneficio de jaspes), la explotación de los recursos marinos o la producción de sal (Haro 2004, 62; Carrión Méndez *et al.* 1993, 1995).

La dependencia fue tan estrecha que, “al interrumpirse esta demanda, las periferias se resintieron provocando el abandono de la mayoría de los poblados mineros” (Haro 2004, 62). Esto explicaría el descenso vertiginoso del número de yacimientos en la Edad del Bronce, suponiendo un cambio radical en la organización política del mismo e implantándose un “modelo bipolar”, a no más de 2 km de distancia entre los asentamientos y con estrecha conexiones territoriales (pequeñas depresiones, cauces de ramblas), ahora dirigidos a la producción minera (*id.*)<sup>4</sup>. Este modelo es mucho más restringido y especializado que el de la Edad del Cobre, integrado por un número menor de áreas ocupadas: las costeras del Barronal, Frailes y Hortichuelas. Se plantea la presencia de rutas marinas costeras consolidadas, que canalizarían las producciones mineras y objetos de prestigio con otras comarcas del Sureste peninsular.

Para la Edad del Bronce el equipo de Lull resaltaba, dentro de los cuatro tipos de asentamientos argáricos, el valor de los yacimientos secundarios de la costa en cuanto a la explotación de recursos marinos, al intercambio de mercancías con el resto del Mediterráneo y al control estratégico del territorio (Lull *et al.* 2010a y b).

En el modelo propuesto por Haro (2004, 63), teniendo en cuenta la unidad territorial de la sociedad argárica (formación estatal y existencia de una jerarquización territorial en los grupos de Almanzora, Aguas y Antas) y el contexto socio-económico y político la Sierra de Gata fue ocupada por sus afloramientos mineros superficiales. Así, la presencia de este patrón restringido, asociado a contextos mineros, sólo tiene sentido, según este investigador, si las producciones mineras están conectadas a los circuitos comerciales desarrollados y controlados por los grupos sociales dominantes de comarcas próximas, concretamente del Levante almeriense y del sur de Murcia.

Estos modelos propuestos están en consonancia con los generales establecidos para la sociedad de Los Millares y la sociedad de El Argar, cubriendo así el proceso histórico del III al II milenio a. C. Sin embargo, en este hemos de tener en cuenta otras variables: la posible existencia de un poblamiento anterior, es decir, una población autóctona de la zona perfectamente adaptada al medio, así como otro posible tipo de relación independiente, primero de Los Millares y después del Levante almeriense, estableciendo ¿por qué no? relaciones de intercambio *inter pares* si tenemos en cuenta la riqueza comentada de algunas tumbas de Las Peñicas. Igualmente se podría contemplar un mayor protagonismo de las comunidades de la zona, siendo estas las que establecieran relaciones (contactos,

<sup>4</sup> Por un lado tendríamos un asentamiento grande controlando un territorio concreto, sobre cerros escarpados y difícil acceso con recintos amurallados (El Barronal II o La Joya), con control visual de las zonas costeras, instalándose sobre cerros próximos al litoral. Por otro, pequeños poblados sobre zonas montañosas del interior próximos a afloramientos de mineral, asociados a contextos de explotación minera (evidencias de cantería y herramientas halladas en superficie) sin complejidad urbanística.

alianzas) con otros vecinos de la costa y de más allá de ella. Sería imprescindible prospectar de manera intensiva la llanura aluvial y contemplar una mayor ocupación de la misma, así como hacer excavaciones en ambos ámbitos, llanura y sierra, para poder determinar la existencia o no del control de la producción minera del área volcánica o de las rutas marítimas, y valorar la proximidad genética señalada por Díaz-Zorita (*et al.* 2016, 88) a partir de los estudios morfológicos de la necrópolis de El Barranquete entre ambos periodos, o la proximidad genética con las “áreas nucleares”.

### 3.1.1. Consideraciones y nuevas aportaciones: Paraje de Casa Fuerte del Toyo y Las Salinas de Cabo de Gata

A largo plazo, sería necesario completar con nuevas prospecciones el conocimiento de la ocupación en Bahía de Almería y el Parque Natural, y combinarlas con actividades excavación, como ya se ha expresado. Esto permitiría tener una aproximación más completa y amplia en el espacio, y también que abarcara procesos más largos de tiempo, que permitieran identificar las transformaciones y las pervivencias, así como sus causas, siguiendo el desarrollo de procesos sociales de conflicto interno generalizado observado en otras áreas, y poder contrastar si tuvieron lugar en la zona. Asimismo, sería interesante valorar el alcance o incidencia que pudieron tener fenómenos como las oscilaciones climáticas, la escasez de agua, su adaptación al medio, qué supuso para estas poblaciones el mar como fuente de recursos o como medio de contacto con otras sociedades, y un largo etcétera incluido detectar posibles desastres naturales (terremotos o tsunamis, sequías, desaparición de fuentes o manantiales, desbordamientos de ramblas, etc.) que les pudieran empujar a cambiar su localización y patrón de asentamiento. Todo ello mostraría la resiliencia de las comunidades que la habitaron y cómo lograron continuar, o por el contrario, si verdaderamente no pudo ser el caso y fueron “sustituidas” por otras. Sería por ello interesante no limitarnos a los yacimientos de un período, o tan sólo a unos recursos o a actividades terrestres, sino también llevar a cabo prospecciones subacuáticas y de cuevas, tanto de Sierra Alhamilla como de la Sierra de Gata, como se ha expuesto en el capítulo anterior a la hora de analizar los cambios en la línea de costa. Toda la región merece un estudio sistemático e interdisciplinar. No es insignificante el hecho de que es el rincón de Europa donde menos llueve, ni el interrogante sobre ¿cómo lograron sobrevivir sus gentes? Se requeriría, partiendo de lo ya conocido, un proyecto o proyectos interdisciplinares a largo plazo.

Se trata de un área en la que, además de los recursos abióticos (geológico-mineros), otros debieron ser muy atractivos para la ocupación del litoral, el prelitoral y el piedemonte de las sierras que las enmarcan. Su ocupación durante la Prehistoria no debió ser tan tardía, tal y como se demuestra en el resto de la fachada mediterránea, al igual que ocurre en las provincias costeras cercanas de Málaga, Murcia o el resto del Levante peninsular. Estamos ante una zona con un gran potencial de investigación, para la que

contamos con la información indicada pero también con vacíos: como ya se ha puesto de relieve, se trata de una gran extensión en la que predomina la vegetación xerófila y un medio agreste, en general, a pesar de su belleza.

En la línea de mostrar más ocupaciones en el ámbito costero de la llanura, fuera de patrones predeterminados, se prospectaron dos áreas en el marco del proyecto *Aprovechamiento y uso del agua en contextos de ribera en el Sureste peninsular desde la Prehistoria a la Edad Media (AQVA)*<sup>5</sup>: una de ellas cubría un radio cercano al yacimiento de Torregarcía y otra, más alejada, venía motivada por el atractivo y necesario recurso de sal, así como el aprovechamiento de recursos propios del humedal de las Salinas de Cabo de Gata. Con los permisos correspondientes, hicimos un reconocimiento *de visu* en el Paraje de Casa Fuerte y en Las Salinas de Cabo de Gata (Fig. 3.2). En ambos se obtuvieron resultados relacionados con su ocupación prehistórica (López Medina *et al.* 2022). Se detectó material arqueológico en superficie que, por su tipología, podría pertenecer a la Prehistoria Reciente, o incluso ser más antiguo en el caso de Las Salinas.

El yacimiento prehistórico del *Paraje de Casa Fuerte del Toyo*, Retamar (Almería) se encuentra a 3,5 km al noroeste de Torregarcía, siguiendo la costa. Los restos arqueológicos están bajo una duna, observándose tan sólo en un área de la superficie donde la arena ha sido despejada por la erosión. El yacimiento está cerca de la costa actual, a unos 225 m al sur, y se localiza sobre una extensa llanura entre ramblas, levemente inclinada hacia el mar, a unos 15 m s. n. m. No se observan estructuras, sólo material disperso en un área de unos 1500 m<sup>2</sup>. Los materiales están tanto sueltos por la superficie como incrustados en una tierra limosa muy compacta. Consisten en cerámica color naranja fuerte, con desgrasante grueso de cuarzo y, sobre todo, esquisto, destacando un cuenco casi entero, una carena decorada con digitaciones impresas y bordes decorados con el mismo motivo; se observa entre el material lítico percutores y alisadores cuyo soporte son cantos rodados, también fragmentos de cuarzo y acumulaciones de conchas marinas entre las que predomina *Glycymeris*, pero también está presente la *Stramonita haemastoma*. (Fig. 3.3)

El yacimiento prehistórico de *Las Salinas del Cabo de Gata (Almería)*, cercano al paraje de La Testa (Fig. 3.4), se encuentra a 9,7 km de distancia al sureste de Torregarcía, entre la orilla oriental de las salinas y el piedemonte del Cabo de Gata, junto al camino del Pozo del Cabo. El material hallado está disperso en una gran extensión de 67 000 m<sup>2</sup>, a lo que han podido contribuir antiguas roturaciones para el cultivo. Su cronología puede ser incluso anterior al IV milenio a. C., según la tipología de algunos fragmentos de cerámica (asa túnel, cerámica a la almagra), incluso más antiguos aún si tenemos en cuenta el tipo y técnica de talla empleada en algunos elementos, que se ha realizado utilizando una gran variedad de rocas

<sup>5</sup> REF. UAL18-HUM-C010-A, convocatoria I+D+i UAL-FEDER 2018.



**Figura 3.2.** Localización de los yacimientos prehistóricos del Paraje de Casa Fuerte y Las Salinas de Cabo de Gata (Almería). Base cartográfica a partir del Plano del Plan Nacional de Ortofotografía Aérea; versión 2019 (<https://pnoa.ign.es>).

(areniscas cuarzosas, jaspe, verita/obsidiana, calcedonia, óxido de sílice o cuarzo amorfo).

Se hallaron conchas marinas por toda su extensión, sobre todo del tipo *Stramonita haemastoma*, aunque también se detectaron *Hexaplex trunculus*, *Glycymeris* y *Phorcus turbinatus*. El yacimiento se encuentra actualmente a unos 1325 m del mar (Fig. 3.5).

Sería muy interesante llevar a cabo en ellos excavaciones arqueológicas: en el caso del Paraje de Casa Fuerte, el más cercano y similar en cuanto al medio a Torregarcía, para contrastar el uso de los recursos marinos y del resto del entorno para pastoreo y recolección de diversos productos; y en el caso del yacimiento de Las Salinas, para dilucidar el aprovechamiento de este humedal y su cronología, por lo que sería imprescindible determinar cómo era su configuración hace más de 6000 años. Actualmente el pastoreo es habitual al norte de las mismas, dada la riqueza de plantas halófilas (Fig. 3.6), pero además el área es rica en más recursos como sílices volcánicos, caza de aves acuáticas y, por supuesto, la producción de sal. Muy cerca del mar, también tendrían el recurso de la pesca y de la recolección (algas, moluscos), incluso la posible caza de aves y mamíferos marinos como la desaparecida foca monje, el aprovechamiento de delfines o incluso de condriactos (tiburones y rayas) varados en la orilla.

### 3.1.2. Recursos potenciales de la zona durante la Prehistoria

El área de estudio cuenta con numerosos y variados recursos en un radio de 12 km, si tenemos en cuenta la información indicada en el capítulo de Geografía y Paleambiente. Vaya por delante que el medio contaría con mayor diversidad en foresta y fauna, así como un mayor número de manantiales. Por otra parte, frente a nuestra imagen de la necesidad de buenas tierras de cultivo y verdes pastos para hacer deseable la ocupación de un territorio, algo propio de sociedades sedentarias, demográficamente densas y organizadas con una estructura estatal o casi estatal, estamos ante un territorio en el que predomina la diversidad; en los grupos de población, cuya demografía desconocemos, posiblemente primara la movilidad de desplazamientos a cortas y medias distancias, la autosubsistencia y el intercambio. En cualquier caso, si hubo dependencia e inclusión de estos grupos en una estructura socio-política y económica mayor, sería un tema que habría que contrastar.

De momento, consideramos que hay distintos ámbitos o biotopos que ofrecen recursos variados muy atractivos para su ocupación y aprovechamiento durante la prehistoria. Veamos esos recursos y a continuación su distribución por ámbitos.



Figura 3.3. Elementos materiales del Paraje de Casa Fuerte. Izquierda: restos de cerámicas decoradas con digitaciones en la carena y borde, asas y un cuenco. Derecha arriba: acumulación de conchas marinas de diferentes tipos; derecha abajo: detalle de *Stramonita haemastoma* o *Thais haemastoma*.

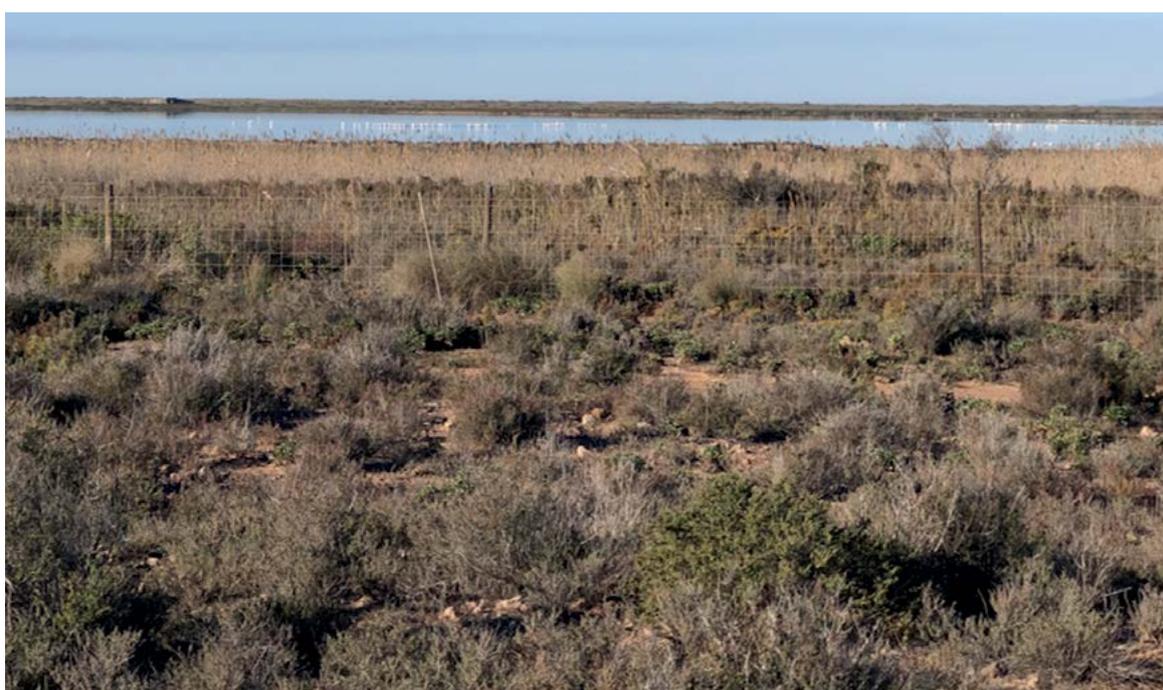


Figura 3.4. Vista desde el yacimiento de Las Salinas de Cabo de Gata hacia el humedal con flamencos.



Figura 3.5. Elementos materiales de Las Salinas. Arriba: fragmento de cerámica con asa túnel de Las Salinas y lasca de gran tamaño de piedra de origen volcánico. Abajo: industria lítica y detalle de *Stramonita haemastoma* y *Glycymeris* de Las Salinas.



Figura 3.6. Rebaño de cabras junto a las Salinas en el Camino del Pozo del Cabo.

### 3.1.2.1. El agua, recurso imprescindible para la vida

Es el primer recurso que se ha de investigar en esta zona: las fuentes de agua potable. Aunque es sabido que el ser humano puede recorrer incluso 20 km al día a pie para conseguir agua, en unos territorios, en principio no “saturados” de población, tal distancia no tendría sentido, más bien se ubicarían cerca de las mismas. El hecho de la necesidad del agua para vivir y producir nos lleva a toparnos con una cuestión muy importante relacionada con la antigüedad del poblamiento de la zona, y a intentar reconstruir su paleoambiente con datos no extrapolados de otras áreas. Al mismo tiempo, en una doble dirección, la localización de asentamientos puede indicarnos la antigua presencia de agua como, por ejemplo, manantiales hoy secos.

No descartamos además otras posibilidades de conseguirla, aplicando conocimientos que ya tenían al menos desde el III milenio a. C. La existencia de una cisterna y de una conducción de agua en el yacimiento de Los Millares (Jakowski *et al.* 2021), ya apuntada por Luis Siret, permite proponer que las comunidades pudieran aplicar un sistema semejante en asentamientos del área, o investigar la posibilidad de captarla mediante pozos como se hacía en el yacimiento de El Jadramil (Cádiz), para cuyo fin han sido interpretadas once perforaciones de 4 a 9 m de profundidad (Lazarich 2003). Pozos para captar agua de los niveles freáticos fueron realizados a finales del III milenio a. C. en el interior peninsular, durante el episodio árido 4.2, en torno a los cuales se desarrollaba toda una organización del espacio para almacenamiento de grano, defensa y hábitat, dando lugar a las “motillas”, como la Motilla de Azuer (Ciudad Real), cuyo pozo alcanzaba 20 m de profundidad (Benítez de Lugo y Mejías 2016). El conocimiento de la posible existencia de agua bajo la superficie, así como de las prácticas de minería y cantería por parte de las sociedades de nuestra área de estudio, nos plantea el posible aprovechamiento de aguas subterráneas para estos momentos, al margen de su almacenamiento durante el II milenio a. C., en cisternas como en Fuente Álamo y el Oficio (Cuevas de Almanzora), La Bastida (Totana) y la Illeta del Banyets (Alicante) entre otras, o su conducción por galerías en Gatas (Turre) (López Medina *et al.* 2019). De momento, mientras que no avance más la investigación, la evidencia más antigua de estructuras para conseguir agua es muy tardía: *El Pocico* de la rambla de las Amoladeras, muy cercano al yacimiento romano de Torregarcía (Almería).

Por otra parte, las calizas arrecifales en el área volcánica actúan también como acuíferos, como los de La Molata de las Negras, Mesa Roldán o La Rellana de San Pedro, entre otros, capaces de almacenar el agua e incluso aflorar, como en el último caso, que se trata de un pequeño acuífero colgado (López Geta *et al.* 2010, 66). Esto pudo permitir, por ejemplo, la ocupación del yacimiento del II milenio a. C. de La Joya en la formación de La Molata.

La localización de los asentamientos cerca de las ramblas tiene su explicación en el hecho de que es posible que en el pasado mantuvieran un pequeño caudal en la superficie

todo el año. En su defecto, incluso en la actualidad, retienen humedad bajo el mismo y en sus riberas, ya que el agua de la escorrentía de las lluvias torrenciales se filtra al aminorar la velocidad de su curso tras las escasas, pero fuertes, lluvias de primera o de otoño (Pulido 1993), hasta toparse con un estrato impermeable y ahí se queda en forma de depósito de agua (acuíferos), subiendo o bajando el nivel freático según las circunstancias. Por otra parte, al menos a partir de la Antigüedad, debieron ser conscientes de esta circunstancia. Muchos de los acuíferos están agotados por los cultivos intensivos, se están salinizando, o incluso han podido desaparecer por los movimientos sísmicos recurrentes en la zona, registrados en textos desde el s. VI a. C. (Espinosa 1994).

En el área sedimentaria, en la llanura aluvial, habría que tener en cuenta la circulación subterránea del acuífero de El Alquíán. Sigue un eje paralelo a las ramblas de El Artal y de El Hornillo, y confluye con ellas en El Barranquete, en un flujo único hasta el mar. El descenso de cotas topográficas haría aflorar la lámina de agua ocasionalmente en períodos más húmedos (González Asensio 1997a, 54-5). Por lo tanto, es muy posible que durante la Prehistoria y más adelante, durante períodos más húmedos, esta masa de agua subterránea facilitara el poblamiento de la zona, teniendo en cuenta, como se ha visto a partir de los análisis paleoambientales, que el medio sería más húmedo que el actual, con mayor vegetación y un paisaje menos deteriorado.

### 3.1.2.2. Cultivos y pastos

Las excavaciones del yacimiento de El Taharal y de El Barranquete no proporcionaron estudios de restos carpológicos, sin embargo, los llevados a cabo en otros yacimientos del Sureste peninsular apuntan al consumo de leguminosas (habas, guisantes) y lino, cultivos que necesitan agua pero no necesariamente regadío, por lo que se plantea el uso de las riberas de los ríos y ramblas, más húmedas, para su obtención. En cuanto al cultivo de trigo y cebada, también constatado, podría hacerse de manera extensiva como se ha venido haciendo tradicionalmente en las zonas sedimentarias, ya comentado en el capítulo anterior.

Los amplios espacios otorgados como baldíos y tierras comunales, a partir del siglo XVI, en el Campo de Níjar o en las tierras de El Alquíán, eran perfectos para el pastoreo de ganado ovicaprino, a lo que se uniría las áreas de marjales con zonas de plantas halófilas, más la existencia de puestos de invernaderos para un ganado exigente en agua y en plantas herbáceas como es el vacuno, hoy algo impensable, existencia que ya se indicó en mismo capítulo (Muñoz Buendía 1996). Entre la fauna doméstica de El Barranquete hay restos de bóvidos, además de oveja, cabra, caballo, perro y cerdo (Driesch 1973) (Fig. 3.7). Hemos de tener en cuenta que esta información procede de un contexto de enterramiento, de ritual, y por lo tanto la presencia de especies animales ha sido objeto de selección. No obstante, se constata con estos restos la presencia de estas especies y sus implicaciones de cara a la economía y al medio.

<i>Equus caballus</i>	4
<i>Bos taurus</i>	83
<i>Ovis aries</i>	10
<i>Capra hircus</i>	5
Cabra u oveja	41
<i>Sus domesticus</i>	17
<i>Canis familiaris</i>	4
<i>Cervus elaphus</i>	4
<i>Capra pyrenaica</i>	1
<i>Lynx pardina</i>	2
<i>Oryctolagus cuniculus</i>	175
<i>Anas crecca</i>	3
<i>Columba livia</i>	1
<i>Columba palomus</i>	1
<i>Alectoris rufa</i>	7
<i>Corvus corax</i>	7
<i>Clemmys leprosa</i>	1
<i>Cardium edule</i>	8
<i>Ostrea edulis</i>	11

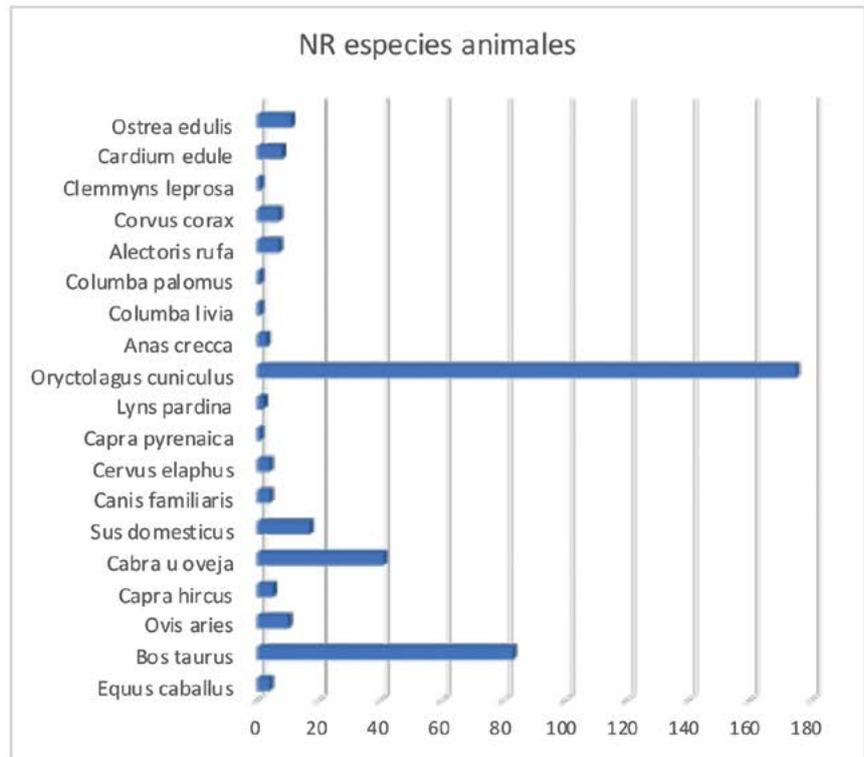


Figura 3.7. Cuadro sinóptico de los huesos de animales encontrados en las tumbas de El Barranquete (Níjar) (a partir de Almagro 1973, 226).

A partir de la presencia de bóvidos y de la fauna salvaje que veremos a continuación, Driesch (1973) considera que entre hace 5000 y 4500 años esta zona debió estar mucho más cubierta de vegetación y el terreno sería mucho más húmedo que hoy (situado en una zona semidesértica), en lo que coinciden los investigadores e investigadoras en general para el Mediterráneo.

Sería imprescindible realizar excavaciones en áreas de habitación para obtener datos de contextos domésticos a la vez que datarlos con cronologías absolutas. También se podría contrastar el grado de deforestación, salinización de los suelos, relación de los núcleos de la llanura con los de producción minera o cantera de las sierras, etc.

### 3.1.2.3. Caza y recolección

A pesar del escaso número de fragmentos en las tumbas de El Barranquete, hay una gran variedad de especies animales salvajes representadas: ciervo común, cabra montés, lince, conejo; entre las aves: gallina colorada, cerceta, paloma bravía, paloma torcaz, perdiz común y cuervo. También hay restos de tortuga de agua (ver Fig. 3.7). Todo ello nos está indicando la diversidad de entornos, posiblemente formaciones en mosaico de bosque mediterráneo, con presencia alterna de áreas de arbolado disperso, sobre todo de pinos y de matorral, y también una mayor presencia de agua. Estas comunidades se moverían por un amplio territorio que abarcaría los lugares propios de estas especies entre las sierras, espacios abiertos, cultivos de secano, y marjales.

Espacios especiales y de gran riqueza serían los humedales: la desembocadura de la rambla Morales, y posiblemente en el pasado el de la rambla de las Amoladeras, constituirían unos biotopos que proporcionarían una gran variedad de especies de flora y fauna muy útiles como recursos alimenticios u otras finalidades para la artesanía o la construcción (gran variedad de aves, cañizos, juncos, etc.).

Por otro lado, las tierras entre El Alquíán y Cabo de Gata, los baldíos de la temprana Edad Moderna, eran ricas en recolección de miel, cera, caracoles, etc. (Muñoz Buendía 1996) o en esparto, materia prima que ha sido imprescindible para hacer enseres y para la construcción, algo constatado desde el neolítico en yacimientos prehistóricos del sur peninsular (Cueva de los Murciélagos de Albuñol en Granada, Los Millares en Almería, Peñalosa en Baños de la Encina en Jaén, Fuente Álamo en Cuevas de Almanzora en Almería, etc.), y que continuó siendo una materia prima de origen vegetal imprescindible hasta épocas recientes.

### 3.1.2.4. Rocas y minerales<sup>6</sup>

Las investigaciones realizadas por el equipo de Francisco Carrión, a partir del proyecto *Los recursos abióticos...*, han podido determinar la existencia de intercambios de

<sup>6</sup> Quisiéramos expresar nuestro más sincero agradecimiento al Dr. José María Calaforra Chordi, catedrático del área de Geología Externa del Departamento de Biología y Geología de la Universidad de Almería, por la identificación de los tipos de rocas del yacimiento de Las Salinas.

productos manufacturados a dos escalas: en el medio local entre los diversos asentamientos calcolíticos coetáneos en radios entre 5 y 10 km, y a escala regional, lo que es considerado el fenómeno más relevante, por la presencia de artefactos manufacturados en dacitas y andesitas en Los Millares (molinos, soportes para abrasivos, etc.), a 38 km de distancia. Este ha sido el caso del estudio de las fuentes de materias primas y del Complejo Minero de El Barronal. Su procedencia se ha contrastado mediante métodos de análisis mineralógico y petrográfico. También localizaron mineralizaciones y explotaciones de menas metálicas como oro en Rodalquilar, plomo o cobre. Junto a ellas hay poblados mineros, especialmente de la Edad del Bronce, en los que se han hallado en superficie mazas de minero. Según el equipo de Carrión Méndez (1995, 16), estos recursos serían intercambiados junto con otros biorrecursos marinos.

Por otra parte, la existencia de rocas silíceas volcánicas, como la verita/obsidiana en el yacimiento de Las Salinas, con evidencias de talla, precisaría hallar su fuente de materia prima. Como su propio nombre indica, procedería de Vera (Almería), aunque no se descarta la posibilidad de que pueda haber bolsas de la misma cercanas al yacimiento.

La distancia a las fuentes sería salvada mediante desplazamiento y extracción directa o bien mediante intercambio con los grupos cercanos a las mismas, dependiendo del tipo de relación entre los grupos y el concepto de territorialidad que mantuvieran. Para épocas más tempranas, la movilidad y el acceso directo a las fuentes de materia prima era una opción, y planteamos esta posibilidad por parte de los grupos previos al III milenio en el área de Las Salinas. El equipo de Zilhão investigó la procedencia de siete artefactos de obsidiana hallados en los niveles magdalenienses del abrigo de La Boja (Mula, Murcia); analizados mediante EDXRF pudieron determinar su procedencia desde Carboneras (Almería) a 125 km de distancia al suroeste. Además, fueron desechados durante dos breves fases de actividad, por lo que su obtención formaba parte de sus opciones tecnológicas mediante breves visitas logísticas. Apuestan para estos momentos más por un modelo de obtención directa por parte de los individuos, lo que refleja unos patrones de movilidad y de vínculos de las redes sociales e indican que los registros arqueológicos pueden depender más de las decisiones humanas mediadas por la cultura o la tecnología que de la disponibilidad geológica (Zilhão *et al.* 2021).

En cambio, para el III milenio a. C., el aprovechamiento de las rocas volcánicas de la Sierra de Gata se enmarcan en unas relaciones sociales diferentes ya comentadas.

### 3.1.2.5. Recursos marinos: peces, moluscos y sal

Los productos marinos han sido históricamente un importante recurso de nuestras costas. Era posible pescar con facilidad cerca de la orilla, siendo un recurso que destacaba en el siglo XVI en las playas de Torregarcía,

Cabo de Gata y La Carbonera, con “pescado menudo” y almadrabas de atún (Muñoz Buendía 1996, 159-69), como ya se ha comentado en el capítulo de Geografía y Paleambiente.

Los estudios de Pascual y Marlasca (2019) indican la importancia de la pesca y el marisqueo en yacimientos como la Cueva de Nerja (Málaga) y en los de una nutrida lista del levante mediterráneo desde el Neolítico-Calcolítico (Cabecicos Negros-Pajarraco en Vera, Almizaraque y Loma del Arteal en Cuevas de Almanzora, y en El Garcel en Antas, todos en Almería), siendo los restos especialmente abundantes en los de sociedades argáricas (Fuente Álamo y El Oficio en Cuevas de Almanzora, El Picacho en Oria y El Argar en Antas, todos en Almería), y destacando en estos la presencia de especies de gran tamaño (doradas, meros y pargos), así como cuentas de collar sobre vértebras de condriictios (peces cartilaginosos como tiburones y rayas) halladas en contextos funerarios, lo que les ha llevado a considerar abierta al mar a la sociedad argárica (Marlasca 2019; Pascual y Marlasca 2019).

El problema de estudiar la ictiofauna es tanto su fragilidad como el hecho de que estamos ante excavaciones en las quizás no se seguía un método adecuado de recogida. Según los estudios sobre paleodietas (Salazar *et al.* 2018), a partir de mediados del III milenio a. C., las sociedades campesinas del Mediterráneo peninsular parecen practicar el marisqueo sólo como complemento a sus dietas, no siendo una base subsistencial. Los análisis de determinación multi-isotópica de patrones dietéticos, realizados tanto sobre la apatita de los dientes como sobre el colágeno que se llevaron a cabo en muestras de esqueletos de las necrópolis de El Barranquete y Los Millares parecen confirmarlo en el Sureste (Díaz-Zorita *et al.* 2016; Waterman *et al.* 2017, 23; Díaz-Zorita *et al.* 2019).

Los análisis de isótopos estables de carbono y de nitrógeno confirman una dieta dominada por los recursos terrestres en la que las proteínas proceden sobre todo del consumo de herbívoros, aunque existe cierta variabilidad entre individuos. Dos adultos maduros de una muestra de 44 de la necrópolis de Los Millares, son los únicos que presentan valores típicos de una dieta basada en una “productividad primaria marina, ya sea debido al consumo de moluscos o algas, en un caso, o al consumo de organismos (peces, mamíferos marinos o aves marinas) en el otro” (Molina González *et al.* 2020, 81). Dado que estos casos se consideran excepciones, se estima que ambos adultos pudieron tener un origen foráneo, si bien otros investigadores prefieren ser más positivos y contemplar una variabilidad en la dieta de la Prehistoria Reciente, incluyendo productos marinos ocasionales. El equipo de Molina González indica que la inclusión en la dieta de una proporción de peces, aves marinas y/o predadores marinos altos en la cadena trófica se había constatado en los análisis faunísticos de Los Millares (alcazaz, *Morus bassanus*) realizados por Peters y Driess en 1990, así como la presencia de lapas y bigaros (*Patellidae*,

*Phorcus turbinatus*). Los resultados se podrían relacionar con el consumo de algas marinas (ricas en proteínas), o más probablemente de moluscos y crustáceos (todos caracterizados por valores menos negativos de  $\delta^{13}C$ ). En este contexto, es importante señalar que la costa está actualmente a sólo 18 km y en la Edad del Cobre pudo estar a unos 10 km (Hoffmann 1988).

En lo que respecta a los moluscos marinos, en el caso de El Barranquete, dada su localización en distintas partes de las tumbas, debieron tener un significado especial. En el caso de la tumba ocho, todos los vertebrados terrestres y fauna avícola proceden exclusivamente de la cámara, mientras que en el túmulo, en el corredor y en el nicho los únicos restos identificados se corresponden a malacofauna de origen marino, concretamente conchas de *Cardium edule* y *Ostrea edulis* (Díaz-Zorita *et al.* 2016, 80, 93). Se constataron 15 conchas de *Cardium edule* entre varias tumbas, y 7 de *Ostrea edulis*.

No obstante, hemos de añadir que los moluscos marinos no sólo eran objeto de recolección para su consumo sino también como soporte de adornos personales, variando las especies a partir de su aporte bromatológico o bien a su función simbólico-social.

En ninguno de los yacimientos mencionados están presentes los *Murícidos* (*Murex*). Sin embargo, sí lo están en los dos yacimientos costeros de Casa Fuerte y Las Salinas. En ambos parece deberse a su consumo ya que no se observa en las conchas su rotura para obtener tinte (en el caso de los *Murícidos*) ni orificios para su uso como adorno. Estos moluscos tienen un hábitat excepcional en determinados puntos de la costa almeriense, como en la Bahía de Almería, de aguas calmas y fondos móviles ricos en detritus orgánicos.

Según el análisis de Luján (2016) sobre el aprovechamiento de moluscos marinos de un total de 340 yacimientos de la fachada mediterránea durante la Prehistoria Reciente, las especies más representadas eran *Glycyméridos* y *Murícidos*, entre ellos *Bolinus brandaris*, y también *Patellas*, *Gibulas* y *Monodonta* (Luján 2016, 199). La provincia de Almería proporciona un largo listado de yacimientos con conchas marinas a partir de finales del Neolítico, lo que hace pensar que su presencia era muy común, mayoritariamente en contextos funerarios, como ocurre en las provincias de Granada, Málaga y Murcia. El uso alimenticio que tuvieron durante el Mesolítico descendió durante el Neolítico debido a que tenían una fuente alternativa de calorías con la carne.

El *Bolinus brandaris* y la *Stramonita haemastoma*, documentados en yacimientos ubicados en plena línea de costa de yacimientos mediterráneos, fueron consumidos durante la Prehistoria con fines alimenticios, no para obtener su tinte (Luján 2016, 199 y 246). A nivel bromatológico, *Hexaplex trunculus*, no suele estar presente durante el Neolítico II en los yacimientos de la provincia (aunque sí otro tipo de conchas marinas) salvo en Terrera Ventura

(Tabernas), a 45 km de la costa (NR: 286), y en Loma del Arteal, a 3,5 km (NR: 48), no estando presente en El Barranquete, Campos ni Gatas (*ibid.*, 405, tabla V.5.7). En la Edad del Bronce tan sólo se han constatado en El Argar, a 12 km de la costa (NR: 629), y en Gatas, a 6 km (NR: 909) (*ibid.*, 422-3, tabla V.5.9).

En términos generales, la reducción del uso de los moluscos marinos como alimento viene a coincidir con los estudios de paleodietas y restos de fauna que indican el excesivo consumo de cebada y la carencia de otros aportes necesarios en la alimentación. Sin embargo, consideramos que no es coherente la disponibilidad de estos recursos y el empobrecimiento de la dieta a base mayoritariamente de cebada, aunque la explicación sea que el control de su producción, distribución y consumo estuviese en manos de una organización estatal (la cebada era el cereal más adaptado a las condiciones de aridez de finales del III milenio y principios del II milenio a. C.) (Lull *et al.* 2010a y b; 2013; 2016). Nos planteamos, para las áreas costeras, hasta qué punto puede aducirse el control estatal como el factor que habría impedido el acceso a los recursos marinos, abundantes y disponibles.

En relación al uso de *Murícidos* para la producción de tintes, Luján indica que a finales del Bronce se constata en Cabezo Redondo (Villena, Alicante) *Murex* o *Purpura* *sp.* para obtención de tinte púrpura, a 70 km de la costa (Luján 2016, 521). Pero se trata del único caso indicado.

En relación al uso en la Prehistoria de tintes sobre tejidos, los restos más antiguos con evidencias de ello, parecen ser los hallados en la Cueva de los Murciélagos de Albuñol (Granada), datados por C14 en 3450 a. C. (Ayala Juan 1987, 16) y los de Cueva Sagrada (Lorca, Murcia) del III milenio. Los recientemente hallados en un enterramiento en Peñacalera (Córdoba), datados entre el IV y III milenio con fechas calibradas de 3400 BC, han permitido determinar mediante analítica que los restos de tinte eran de cinabrio, es decir, de origen mineral (Gleba *et al.* 2021).

Las investigadoras Vidal y Maicas han indicado, a partir de otros estudios, la posibilidad del uso de calamares, kermes (parásito de la encina) y también de diversos moluscos como *Hexaplex trunculus*, *Bolinus brandaris*, *Stramonita haemastoma* como materia prima para tintes y teñidos de una variedad de materiales. Mencionados respecto a tiempos protohistóricos, se ha señalado la posibilidad de que su uso se extendiera a épocas anteriores (Vidal y Maicas 2010, 267). Pero este tipo de estudios no son comunes ni abundantes, ni se practican las analíticas necesarias, dando por supuesto el origen mineral de los restos de tinte en los tejidos de lino de la Prehistoria Reciente, aunque debemos tener en cuenta la dificultad de que este tipo de tintes de origen marino fuera absorbido por las fibras del lino, como se ha expresado en el capítulo 1.

Por último, en lo que respecta a la producción de sal, se trata de un elemento con diversos usos, aunque destacaríamos

el de conservante de carne y pescados, siendo por tanto muy valioso. De hecho, se considera por parte de algunos investigadores que la sal pudo entrar en las redes de productos de intercambio como un elemento de prestigio junto a los demás (Ramos Muñoz *et al.* 2013). Sería difícil rastrear su producción a no ser que se obtuviera por combustión. Se han hecho estudios muy interesantes y pioneros en el sur de Francia por Cassen y Ménanteau. En la Península Ibérica se conoce su explotación tanto en áreas litorales como en el interior, y se está abordando su estudio en la Bahía de Cádiz, dada la localización de yacimientos en torno a su inmenso humedal, para lo que proponen su obtención mediante la evaporación solar. Contemplan en la investigación la necesidad de hacer estudios geoarqueológicos para la identificación de antiguas salinas y la asociación al registro arqueológico. La sal constituiría el “oro blanco” según la hipótesis de Arévalo sobre la Bahía de Cádiz (*ibid.*, 101).

Las Salinas de Cabo de Gata se localizan a menos de 8 km de distancia de Torregarcía por la costa. Estas salinas eran una antigua albufera cuyo cordón arenoso litoral se fue cerrando hace 3000 años. El procesado y consumo de la sal era una práctica conocida desde el Neolítico en el sur peninsular, como es el caso de La Marismilla (Sevilla) (Escacena *et al.* 1996; Escacena y García 2019; Terán 2011), pero sería interesante determinar desde cuándo se han estado usando las salinas para dicha producción. El documento escrito que así lo fecha es una Provisión Real de los Reyes Católicos al Corregidor de Almería de 1501 (Castro Nogueira 1996, 333-4), pero si prosperara la investigación arqueológica, como mínimo se podría constatar desde época romana, aunque dada localización del yacimiento de Las Salinas del Cabo de Gata, nosotros apostamos por su aprovechamiento aún más antiguo, desde la Prehistoria Reciente, como así están poniendo de manifiesto las investigaciones de la Bahía de Cádiz, y estaría además combinado con un destacado papel de la pesca y el marisqueo en El Retamar en Puerto Real desde el Neolítico (Ramos Muñoz *et al.* 2013).

### 3.1.3. Comunidades costeras como vínculo con otros puntos

Además de proporcionar recursos marinos, las comunidades de la costa serían mejores conocedoras de la navegación y serían posiblemente las que contactarían con otros puntos. En relación a esta actividad, las evidencias más tempranas que tenemos se remontan a hace 4500 años por parte de la sociedad de Los Millares.

Los estudios sobre la misma apuntan a una organización social fuertemente jerarquizada en base a diversas evidencias: la organización territorial y su dimensión megalítica en lo que al análisis de las tumbas y contenidos se refiere; su distribución espacial (Molina y Cámara 2005; Molina *et al.* 2016); la distribución en el poblado del tamaño de las viviendas; los patrones de consumo de carne (Molina y Cámara 2010, Molina *et al.* 2020, Navas *et al.* 2008); y la interpretación de una parte de

las pinturas rupestres de la Cueva de los Letreros (Vélez Blanco, Almería) como indicadores de la importancia del parentesco y de la posición del individuo en la línea de ascendencia (Martínez García 2002), etc. Todas ellas apuntan a un panorama complejo que refuerza la línea que ya apuntaba Robert Chapman a principios de los años ochenta para la Edad del Cobre.

Estaríamos ante grupos diferenciados con distinto grado de acumulación de riqueza (posiblemente emparentados por lazos de sangre), incrementados tras la diferente capacidad de movilizar fuerza de trabajo adscrita y bienes (Carrilero y Suárez 1997, 94-7; Afonso *et al.* 2011, 297). En este sentido, los estudios relacionados con la procedencia de materias primas, o elementos de ajuar, considerados de prestigio por la lejanía de su procedencia<sup>7</sup> hizo que se investigara, como ya hemos indicado, el área volcánica de la Sierra de Gata y la explotación del jaspe como un área más cercana y, en este caso, controlada directamente por Los Millares (Carrión Méndez *et al.* 1993; Lozano *et al.* 2010; Afonso *et al.* 2011, 311)

Se necesitan nuevos estudios que proporcionen el adecuado protagonismo a las comunidades litorales, vertebradoras de este entorno rico en recursos muy diversos, además de los que están en la línea de costa, conocedoras de zonas de fondeaderos para las conexiones mediante cabotaje con otras comunidades peninsulares, capaces de cruzar el Mediterráneo hacia África para conseguir las exóticas materias primas o productos hechos en marfil o cáscara de huevo de avestruz (Pellicer 1995, 111; Harrison y Gilman 1977; Guerrero Ayuso 2010; Castrillo 2020).

Por otra parte, se han de tener en cuenta los cambios en la línea de costa, en el crecimiento del nivel del mar, antes del 6000 BP, ya que los estudios realizados en otras áreas de la costa valenciana pueden dar explicación a la distribución del poblamiento costero mesolítico y neolítico entre hace 9000 y 7000 años a partir de la adquisición de datos primarios (trabajo de campo —sondeos—, análisis de laboratorio) y la modelización espacial de los modelos de paleo-elevación digital (paleoDEMs). Ello les ha facilitado reconstruir la evolución morfogenética de un área costera, en el Parque Natural del Marjal de Pego-Oliva, entre Alicante y Valencia, a la vez que ha servido para indicar por dónde cabe esperar encontrar las ocupaciones de estos momentos del Holoceno, o mejor dicho, a partir de qué línea no cabe encontrarlas (Brisset y Fernández de Pablo 2022). Este trabajo muestra por tanto la importancia de extender los sondeos geológicos a otras áreas como las desembocaduras de las ramblas o a algunos puntos de la llanura aluvial y su zona subacuática.

Los yacimientos de la costa, además de proveer recursos marinos, podrían ser también lugares de conexión por

<sup>7</sup> Elementos de metal, marfil, cáscara de huevo de avestruz, sílex del subbético, mineral cuprífero de las sierras de Gádor y Alhamilla, otras rocas usadas en los vasos de piedra y en los ídolos (como el alabastro) o materiales volcánicos de la faja pirítica.

mar para el transporte de personas, productos y materias primas. Para la navegación, tanto de cabotaje como para cruzar al norte de África, propone Guerrero el uso de barcasas monóxilas impulsadas a remo, sin quilla, a la que se “cosían” tablas, técnica que se conoce se usaba desde el Mesolítico gracias a los restos de una canoa del yacimiento danés de Seeland, lo que viene reforzado por las representaciones en cerámicas simbólicas de la necrópolis de Los Millares y su comparación con embarcaciones actuales de Kerala (Guerrero Ayuso 2010, 43).

### 3.1.4. Ámbitos

Hacemos finalmente, una propuesta de biotopos a modo de entornos con recursos potenciales y atractivos para la ocupación humana, al menos para los grupos prehistóricos, (teniendo en cuenta la información paleoambiental comentada), espacios a los que sería necesario ampliar la investigación arqueológica, sumándolos así a la actividad de campo desarrollada en la Sierra de Gata por el equipo de Carrión Méndez, y ampliando la necesaria investigación a más ámbitos de la Bahía de Almería:

- Sierras (Alhamilla, Serreta y de Gata): caza mayor (ciervo y cabra montesa) y menor (aves, conejos, liebres, zorros, erizos, etc.); madera (pino, sabina, acebuche); recolección (acebuchinas y otros frutos de plantas mediterráneas); rocas volcánicas en la Sierra de Gata; minerales en Sierra Alhamilla y Sierra de Gata.
- Piedemonte de las sierras: manantiales de agua; agricultura de secano; pastoreo en los meses estivales; recolección de rocas metamórficas y volcánicas.
- Llanura aluvial: pastoreo de invierno; recolección de plantas (esparto para enseres domésticos, plantas medicinales); y moluscos terrestres.
- Cauces de las ramblas y riberas: posibles cursos anuales de agua o captación de este líquido en ellos mediante estructuras hidráulicas cercanas (posibles galerías o pozos); cultivos de legumbres y lino; recolección de cantos rodados; plantas para la construcción de techumbres; arcillas para adobes y cerámicas.
- Humedales: pastoreo en su entorno; caza, pesca y recolección en las antiguas marismas de rambla Morales y posiblemente de las Amoladeras, especialmente en las Salinas de Cabo de Gata; producción de sal en esta última; material leñoso o herbáceo para la construcción.
- Litoral: pesca y recolección de moluscos, crustáceos y algas; posible caza de mamíferos marinos (foca monje, delfín); comunicación mediante cabotaje con otras comunidades y navegación a distancias mayores.

## 3.2. La *civitas* de *Urci* y el poblamiento antiguo en el Campo de Níjar y Sierra de Gata

Una vez analizado el poblamiento prehistórico del sector oriental de la Bahía de Almería, vamos a pasar a estudiar el protohistórico y el romano, para enmarcar el proceso histórico en torno al yacimiento de Torregarcía y su relevancia en época romana.

### 3.2.1. *Urci*: fuentes y toponimia

Antes de analizar el poblamiento antiguo en esta zona, es necesario aclarar el topónimo del principal núcleo de población en este periodo en la Bahía de Almería; nos referimos al de *Urci*. Este aparece en distintas fuentes clásicas, como en *De chorographia* de Pomponio Mela (2.94), *Naturalis Historia* de Plinio (3.19), Ptolomeo (2.6.13) o el *Itinerarium provinciarum Antonini Augusti* o *Itinerario Antonino* (404.8). Numerosos eruditos locales desde el siglo XVII lo han tratado, atraídos por la presencia de San Indalecio en *Urci*, según la *Leyenda de los siete varones apostólicos*, ubicando esta antigua población en un lugar u otro según la localidad a la que estaban vinculados, buscando con ello darle un pasado “grandioso”. De ahí que su ubicación se haya hecho coincidir con El Chucho (Benahadux, Almería), Pechina (Almería), la propia Almería, Villaricos (Cuevas de Almanzora, Almería), Águilas (Murcia), Tébar (Murcia) o, incluso Orce (Granada) por su parecido lingüístico (López Medina 2001) (Fig. 3.8).

Así mientras que la localización del resto de las *civitates* situadas en el Sureste peninsular, correspondientes a la actual provincia de Almería, se fijó a finales del siglo XIX o a principios del XX, en el caso de *Urci* todavía existe un debate sobre dicha ubicación que llega hasta nuestros días (García Antón 1978; Lázaro 1980; Tapia 1982; Díaz Toledo 1983; Tovar 1989; Pareja Muñoz 1991; López Medina 1997; *id.* 2004; Casado Baena, 2007). Por lo tanto, esta ha sido una de las discusiones historiográficas de la zona más extensa y dilatada en el tiempo.

Para fijar su ubicación algunas fuentes no son de mucha ayuda, nos referimos a la numismática y la epigrafía. En cuanto a la primera, se había relacionado este topónimo con la ceca ibérica de URKENSKEN u ORKESKEN por el parecido lingüístico (Gómez Moreno 1949, 172). Así por ejemplo, la coincidencia de la grafía ibérica de caracteres meridionales con el denominado “Plomo de Gádor” hallado en el Barranco del Rey (Pechina) permitió a Tovar (1989, 29) defender su ubicación en El Chucho (Almería). En este mismo sentido, se pronuncian Mateu Llopis (1949, 229, 231-232), Beltrán Martínez (1950, 219-220), Untermann (1976, 214), Hoz (1983, 355) o Correa (1983, 399), y siguiendo esa tradición López Medina (1997; 2004). Sin embargo, otros investigadores la sitúan, por paralelos con otras cecas, entre las actuales provincias de Cuenca y Valencia (Villaronga 1980; García-Bellido y Blázquez 2001, 396; Villaronga *et al.* 2011, 408). En la actualidad, los estudios de Gozalbes Cravioto (2017) tras analizar los hallazgos puntuales sugieren que la ceca se debe situar en la provincia de Cuenca, en concreto en el *oppidum* ibero de Vara de Rey, probablemente la antigua *Urcesa* de Ptolomeo (2.6.57). En este mismo sentido se pronuncia Amela Valverde (2021, 180-181). Por lo tanto, el debate sobre la ubicación de esta ceca todavía no está zanjado.

En relación con la epigrafía, tenemos constancia de la existencia de una población, *Urci*, situada en la *Provincia*